



Paz y Bien



Sagrada Familia de Jesús, María y José.
31-XII-2006

Textos:

I Sam. I.: 1,20-22. 24-28.

I Jn.: 3,1-2.21-24.

Lc.: 2,41-52.

“Revístanse del amor, que es el vínculo de la perfección” (Col. 3,13).

En el clima espiritual y litúrgico de la Navidad, la Iglesia celebra la fiesta de la Sagrada Familia, espejo y modelo de toda familia cristiana.

Siempre, pero especialmente en los últimos tiempos, la Iglesia ha manifestado amor y solicitud por todas las familias, a las que define como “iglesias domésticas”.

Al analizar esta época, no podemos negar la relación que existe entre la crisis de la familia y la crisis de la sociedad, que paga costos altísimos por el debilitamiento de la institución familiar, a la que todos reconocen un rol fundamental para la formación afectiva, espiritual y emocional de los miembros de la familia, especialmente de los niños y jóvenes.

La salud de la sociedad depende en gran medida de la salud de la familia que tan poco se protege y cuida.

Al contemplar y celebrar el misterio de la Sagrada Familia, afirmamos que no es una realidad dulzona, y motivo de estampita, sino que tal y como la presenta el evangelio de hoy, es una familia dolorosamente desgarrada, más allá de todos los sufrimientos de las familias terrenales, pero al mismo tiempo es un ejemplo para todos ellos. “El padre reconoce como suyo al Hijo enviado por el Espíritu; tiene que hacerlo para obedecer a Dios y hacer de su Hijo un descendiente de la extirpe de David. La Madre, a la que se predice que una espada le traspasará el alma, ha cedido desde siempre su Hijo al Padre divino. Y el Hijo reconoce a este Padre divino de un modo tan espontáneo y natural que no dice nada de ello a sus padres, que no le comprenderían” (Von Balthasar).

Este misterio, es de alguna manera anticipado por la 1ª lectura en la que Ana cede al Señor a su hijo Samuel, la diferencia es que Ana entrega a su hijo, María y José, deben obedecer y aceptar que su Hijo es Hijo de Dios.

Esta Familia enraíza como ninguna otra en el misterio de Dios, nos enseña que “el hogar sigue siendo el lugar privilegiado de encuentro de las personas donde, en las pruebas cotidianas, se recrea el sentido de pertenencia. Gracias a los afectos auténticos de nupcialidad, paternidad y maternidad; filiación y fraternidad, aprendemos a sostenernos mutuamente en las dificultades, a comprendernos y perdonarnos, a acompañar a los niños y a los jóvenes, a tener en cuenta, a valorar y querer a los abuelos y a las personas con capacidades diferentes” (“La Familia Imagen del amor de Dios” – CEA 15-XI-2003).

La Familia por naturaleza es comunidad de personas que se manifiesta en la “unión de ánimos” (S. Ignacio de Loyola). Cuando esta comunidad se rompe o deteriora, la familia se desnaturaliza, se desconoce a sí misma y pierde la conciencia de quien es ella. Se transforma en un conglomerado de proyectos individuales y dejan de comulgar en un proyecto común.

Hermanos, la familia debe recuperar la conciencia de quien es ella y cuál es su fin. El papa Pablo VI, de visita pastoral a una parroquia de Roma, le preguntaba a la comunidad parroquial: “¿Sabéis lo que es una familia? Sabed, familia cristiana, que sois el espejo de la Iglesia de Cristo, del amor que pasa de Cristo a la humanidad, y que deben ser pequeños templos de Cristo. Comprended cual es la altura de belleza, de amor, de felicidad, a que os llama el Señor, a vosotros mamá y papá cristianos, a vosotros hijos, a vosotros pequeña comunidad cristiana que con todo alguna vez se convierte en selvática

y neurasténica y que llega a ser infierno más que comunidad de paz, concordia y amor. Yo quisiera llevar mi palabra evangélica a cada casa, a cada departamento, y dejarles una palabra de aliento y de concientización. Familia, familia recordad que vosotros sois colaboradores en el designio de Dios, en el Evangelio, sois los educadores, sois los santificadores, sois cenáculos de caridad y de gracia”.

Hermanos, ¿cómo desearía que cada familia de la comunidad, reunida para comenzar un nuevo año pudiera leer estas palabras de Pablo VI y así revisar la propia familia, rectificar el rumbo si es necesario y recuperar la conciencia del propio destino y la misión a la que Dios los llamó?

Es verdad que no se puede negar el influjo que ejerce la crisis cultural sobre la familia, a esta realidad debemos agregar la ruptura entre el Evangelio y esta cultura secularizada. La familia inmersa en esta crisis no encuentra nuevas causas para sostenerse y crecer.

Vivimos una gran fragmentación en nuestra cultura, marcada por el individualismo que junto a la crisis de valores impactan en las familias que van perdiendo su identidad. A esta situación debemos agregar: el influjo de la legislación que alienta su disolución; los modelos ideológicos que relativizan el concepto de persona, matrimonio, familia; por la situación socio-económica, por la falta de comunicación, superficialidad e intolerancia, e incluso por la agresión y violencia en el trato con las personas (cfr. CEA ibid).

Hermanos, una de las situaciones más dolorosas de la crisis en la familia es la pérdida de la comunidad de las personas que muestra su rostro más descarnado en la violencia familiar.

Cuando se descuida la dimensión del amor, todo se quiebra y aparece “la voluntad de dominio o su autonomía individual egoísta, o en la espontaneidad del sentimiento que busca el placer inmediato y fugaz” (Id.).

La verdad es que el amor no existe como realidad aislada, sino en el amor concreto de cada persona y como don del Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, que nos ha creado.

Hermanos, nosotros sabemos como preocuparnos cuando en nuestra casa aparece una rajadura en una pared, analizamos si es superficial o estructural, y ponemos rápido remedio para que el mal no sea mayor.

Cuando en la familia aparece una fisura, debemos también preguntarnos si es coyuntural, pasajera o si están fallando los fundamentos; no podemos ser indolentes, superficiales en los problemas que surjan en la relación entre los miembros de la familia, debemos actuar con serenidad y sabiduría, de tal manera que se restablezca pronto la comunión en la familia.

En definitiva el edificio de la familia depende de sus fundamentos, los cristianos afirmamos que “la Trinidad es el fundamento más profundo de la dignidad de cada persona y de la comunión fraterna y de la comunión en la familia” (N. M. A. 50-51).

Si la paz de la familia se edifica en Dios, la consigna es permanecer en Dios para que Él permanezca en nosotros (cfr. I Jn. 3,24).

Hermanos, si la caridad es “una cierta amistad del hombre con Dios” (S. Tomás de Aquino), es Jesús, el Verbo encarnado, el que establece un vínculo constante entre Él y los suyos” (Pablo VI). Es este vínculo el que sostiene y alimenta los vínculos y la comunión entre los miembros de la familia.

Es la comunión de las personas lo que la familia debe cuidar y defender, de esto depende la salud y la felicidad de sus miembros.

Hermanos, no dudemos, cada familia humana y sobre todo cristiana, que, a pesar de sus imperfecciones y dificultades en su peregrinar en el tiempo, puede ya desde ahora ser fuente de una gran felicidad y de paz, cuando vive en la luz y en el temor de Dios; ella está destinada un día a reencontrarse en la familia de la Santísima Trinidad, de la que aquí es imagen viviente.

Por mediación de la Sagrada Familia, pidamos al buen Dios que Ella, “ícono y modelo de toda familia humana, nos ayude a cada uno a caminar con el espíritu de Nazaret; que ayude a cada núcleo familiar a profundizar la propia misión en la sociedad y en la Iglesia mediante la escucha de la Palabra de Dios, la oración y la fraterna comunión de vida” (J. Pablo II, 2-II-94).

¡Qué Dios guarde a nuestra familia!

Amén.

G. in D.